

trabajoso al humilde fiarse de su propio juicio, que al soberbio someterse al de otro.

Si el orgullo ha sido capaz de convertir en demonios á algunos ángeles, ¿quién duda que la humildad pueda convertir en ángeles á los hombres que viven como demonios? Hé aquí porque no deben nunca perder su confianza en Dios los que han tenido la desgracia de caer en la culpa.

Si tomáis las armas para combatir contra cualquier vicio, llamad siempre en vuestro auxilio á la humildad. Ella camina sobre la cabeza de los aspides y basiliscos, de los leones y de los dragones: ella quebranta con sus pies todos los vicios y todos los monstruos del infierno. La humildad, por último, es una santa y divina máquina, que tiene la virtud de sacar al alma del abismo de sus pecados, y de atraerla hacia el cielo.

GRADOS XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX Y XXX.

Después de haber hablado san Juan Clímaco muy extensamente de la humildad, trata de la discreción en el grado vigésimo sexto, y del reposo de la vida solitaria en el vigésimo séptimo; pero no nos detendremos en ellos, porque en lo relativo á la discreción no hace más que repetir algunas máximas que ya ha expuesto en los grados precedentes, y lo que dice del reposo de la vida solitaria conviene especialmente á los anacoretas.

En cambio, lo que dice en el grado vigésimo octavo acerca de la oración puede ser de mucha utilidad para todo el mundo. » Cuando os pongais, dice, en la presencia de Dios, y vayais á hablar con él en la oración, no lo hagais sin la conveniente preparación; purificad ántes vuestras almas de todo resentimiento; pues de otra manera no sacareis ningún fruto de vuestras oraciones: sean éstas

sencillas y sin afectación, pues el publicano y el hijo pródigo inclinaron á su favor la justicia y la misericordia divina con una sola palabra.

Comencemos siempre la oración con una acción de gracias muy sincera: continuémosla con la humilde confesión de nuestras faltas acompañada de un vivo arrepentimiento, y después expongamos á Dios, como á Señor de todo cuanto existe, nuestras suplicas y necesidades. Este modo de orar es muy excelente, como en otro tiempo lo reveló un ángel á un solitario.

No busqueis en vuestras oraciones palabras muy elegantes, ni al hablar con Dios, hagais largos discursos. Cuando os halleis afectados con alguna palabra conmovedora que pronuncieis, deteneos en ella, y aún cuando hayais llegado á la cumbre de la virtud, no dejéis de pedir á Dios el perdón de vuestros pecados.

Trabajad en vuestras oraciones por elevar vuestros pensamientos al cielo, ó encerradlos en la meditación de algunas palabras santas. Si vuestro espíritu cae en la distracción por hallaros en la debilidad de vuestra infancia espiritual, tened cuidado de levantarlo al punto.

El primer grado de la oración consiste en rechazar con la vista del espíritu todas las distracciones en el mismo momento en que se presentan. El segundo en retener el espíritu en la meditación de las oraciones que recitamos, y el tercero en un transporte del alma á Dios.

Cuando en unión con otros asistimos de pié al oficio de la Iglesia, contentémonos con humillar interiormente nuestra alma en la presencia del Señor. Pero cuando oremos sin ningún testigo de nuestras acciones, unamos á la humillación del alma la del cuerpo, portrándonos en la presencia del Señor, pues en los que son imperfectos el interior se conforma ordinariamente con el exterior.

Cuando hayais pedido durante largo tiempo alguna

gracia al Señor, no digais que no habeis sacado ningún fruto de vuestra oración, pues la asiduidad en ella es por sí misma un gran fruto.

Así como en la guerra se conoce el amor que profesan los soldados á su príncipe, así el tiempo de la oración dá á conocer el que los solitarios profesan á Dios. Si habiendo comenzado alguna obra, la continuais cuando ha llegado la hora de la oración, sois engañados por el demonio.

El que posee á Dios no se propone ningún punto especial de meditación para hablar con él en la oración : pues el Espíritu Santo ora por él con gemidos inenarrables ¹.

Sucede con frecuencia que una persona que ha recibido de Dios el don de una oración perfecta, y que ha gustado sus dulzuras, oscurece la pureza de su alma con una palabra inconsiderada, y en seguida no encuentra en sus oraciones lo que buscaba, y lo que ántes tenia costumbre de encontrar.

Así como un rey profesaria grande aversión á cualquiera de sus súbditos que, hallándose en su presencia, en lugar de hablarle con respeto, volviese su rostro para conversar con sus enemigos, así Dios mira con grande aversión al que durante la oración se distrae voluntariamente, entreteniéndose con pensamientos malos é indiscretos.

No empleeis el tiempo de la oración en cuidados, por necesarios que sean, ni en asuntos, aunque sean espirituales : pues el hacerlo sería un artificio del demonio para robaros el más precioso tesoro de la vida religiosa.

Tened siempre una confianza firmísima en Dios, y él se hará vuestro maestro, y os enseñará á orar.

Habla nuestro Santo en el grado vigésimo noveno de la tranquilidad del alma, ó sea de esa dichosa paz del espí-

¹ Esta máxima no es para todo el mundo : pues de ordinario, es conveniente proponerse algún punto, para que haya materia de meditación.

ritu libre del tumulto de las pasiones. Éste es el estado de las almas que, habiendo trabajado mucho para combatirse á sí mismas y ejercitarse en las virtudes que doman la naturaleza, llegan, por último, á la perfección, y gozan de la paz interior que es uno de los frutos del Espíritu Santo. Pero es preciso no confundir este estado con la ilusión de aquellos que han dado en el error de la apatía : pues mientras estemos sobre la tierra tendremos que estar en guardia contra las pasiones, que nunca mueren en nosotros, pero que podemos domar, y tener á raya con el auxilio de la divina gracia.

Esta paz de que habla nuestro santo doctor constituye la perfección de las almas en esta vida. « Pero como es imperfecta, dice, va siempre creciendo hasta la muerte, y santifica al alma hasta tal punto, que, desprendiéndola de todas las afecciones de la tierra, la hace enteramente celestial. »

Puede decirse que un alma posee esta tranquilidad perfecta, cuando le son tan naturales las virtudes, como los vicios lo son á los voluptuosos.

Aquel á quien Dios ha concedido la gracia de llegar á este estado tan sublime es aquí abajo, aunque revestido de una carne mortal, el templo vivo de Dios, que le dirige y gobierna en todas sus palabras, acciones y pensamientos. Con la luz interior con que ilustra su alma, le hace oír la voz de su divina voluntad, y decir con el real Profeta. *Señor, ¿ cuando vendré y apareceré ante la cara de Dios ?*¹ pues ya no puedo soportar más tiempo este deseo que me oprime y consume mi vida. Yo suspiro por la belleza inmortal que disteis ántes que el primer pecado de desobediencia nos hubiese sujetado á la muerte. ¿ Qué diré pues ? El

¹ Ps. xli, 3.

que posee esta dicha vive, no ya él, sino vive Cristo en él, según la frase del Apóstol ¹.

Termina san Juan Clímaco su obra con las otras virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad, á las que dedica pocas palabras. Considero, dice la fe como el rayo del sol, la esperanza como su luz, y la caridad como su círculo ó su globo. La fe puede hacerlo todo, hasta las cosas que parecen imposibles: la esperanza va siempre acompañada de la misericordia de Dios, y la caridad no se detiene en su curso, no da reposo al que habiendo sido herido por sus dardos, se halla como trasportado de una santa y dichosa manía.

La esperanza es un bien del cielo que nos enriquece con bienes espirituales y ocultos: es el alivio de los más grandes trabajos, la puerta de la caridad, la enemiga mortal de la desesperación, y la imagen presente de los bienes futuros. Ella nos sostiene en nuestras aflixiones, nos alcanza la misericordia del Señor, y nos fortifica en su amor, porque nos hace esperar su recompensa.

El que pretende hablar de la caridad tiene que hacerlo del mismo Dios. El amor santo es una semejanza del hombre con Dios, en cuanto son capaces de ella las criaturas mortales.

No tiene tanta complacencia una madre en estrechar entre sus brazos al hijo de sus entrañas, como la que experimenta el que se halla abrasado en el fuego del amor divino, viéndose unido á su Dios, y como entre los brazos de este Padre celestial.

Si la presencia de una persona querida nos llena de un gozo tan grande, que se refleja en nuestro semblante, ¿qué mudanza no obrará la presencia del Señor en un alma pura, cuando viene á mostrársele de una manera invisible?

¹ Gal. II, 20.

Dime, ó la más bella y excelente entre todas las virtudes, ¿ en donde apacientas tu rebaño? ¿ en donde reposas durante el calor del medio dia? Ilústranos, guíanos, condúcenos, llévanos de la mano, pues deseamos llegar hasta ti. Nos has herido, y no podemos soportar el fuego en que nos has abrasado. Es preciso desahogarlo alabándote, y con estas alabanzas voy a concluir esta obra. Tú dominas sobre las potestades del mar, y calmas la violenta agitaci6n de sus furiosas oleadas, tú humillas á los soberbios en sus pensamientos de orgullo, y heriste mortalmente á tus enemigos con la fuerza de tu brazo, é hiciste invencibles á los que te aman.

Explícanos de que manera te vió Jacob apoyado sobre esta escala misteriosa: en que estado debemos hallarnos para subir á ella, y cuales son las virtudes, por las cuales, como por otras tantas gradas, se puede llegar hasta tí.

Al hablar de esta manera, me parece que esta reina de las virtudes me apareció desde lo alto del cielo, y me dijo: No podrás, ó amador del amor divino, contemplar todos los rasgos de mi belleza, hasta que estés despojado de este cuerpo terrestre. Conténtate ahora con saber que esta escala es el órden y el encadenamiento espiritual de las virtudes que la componen, y que yo soy el que me hallo apoyado en lo alto de ella: pues ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza y la caridad; más de estas la mayor es la caridad ¹.

Compendio de la carta de san Juan Clímaco á un Pastor.

Si san Juan Clímaco merece grandes elogios por su Escala santa, los merece mucho mayores por su *Carta á un Pastor*. En ella es en donde desarrolla toda su sabiduría, y en donde demuestra un profundo conocimiento y

¹ I Cor. XIII, 13.

una experiencia consumada de los deberes de los Pastores, de la conducta que deben observar en su gobierno, y de los medios que deben emplear para la salvación de las almas que les están confiadas.

No hay superior de casas religiosas, no hay director de conciencias, que no deba leer esta excelente obra. En ella encontrarán tanta luz para cumplir su santo y terrible ministerio, como pueden encontrarla los preladados en los libros de La Consideración de san Bernardo para instruirse en sus obligaciones. Por último, esta excelente carta vale por muchos libros, pues contiene en compendio todo lo más sabio, prudente y útil, que puede haberse escrito sobre esta materia.

1º Acerca de la vocación del pastor se expresa san Juan Clímaco de esta manera : « Hay algunos que, mirando como cosa indiferente la carga que echan sobre sus hombros, se encargan de la dirección de las almas, se ingieren temerariamente á conducirlas, y que, habiendo sido ricos en virtudes al tomar esta carga, salen con las manos vacías, por haber distribuido entre los demás sus riquezas, y haber quedado privados de ellas. Hay otros que, estando abrasados de un celo y de un amor enteramente divinos por la salvación de las almas, se encargan de su dirección, y otros que, aún cuando hayan recibido de Dios las gracias y luces necesarias para dirigir á los demás, tienen tan poco celo por la salvación de sus hermanos, que no se encargan de su dirección sino con mucho trabajo. Aquellos son felices, y Dios les promete una recompensa proporcionada á su caridad ; pero á estos últimos ha de juzgarles muy severamente, por su falta de caridad.

2º Acerca de la excelencia del ministerio de los pastores dice : « El más agradable de todos los perfumes que podemos ofrecer á Dios es consagrarle nuestras almas por medio de la penitencia. Una sola alma vale mucho más que

todo el universo, porque éste es corruptible y pasajero, mientras que las almas son inmortales, y subsistirán eternamente ».

3º Acerca de la ciencia de que debe estar adornado el pastor dice : « El verdadero pastor es el que puede con sus cuidados y oraciones poner á las ovejas en el camino recto. Debe ser un piloto espiritual ilustrado con tanta luz por la infusión del Espíritu Santo y por su propia experiencia, que pueda sacar las almas de entre las embravecidas olas de la tentación, de los vicios y de las pasiones. Un superior nunca puede excusarse con la ignorancia de las cosas que está obligado á saber : pues el que por ignorancia comete faltas dignas de castigo, será castigado por no estar instruido en lo que tenía obligación de aprender ».

4º Acerca de la santidad del pastor dice : « Así como los que han logrado la benevolencia de los príncipes pueden reconciliar con ellos á los oficiales que les han dado algún motivo de disgusto, así los pastores que con sus virtudes se encuentran favorecidos por Dios, pueden con sus oraciones reconciliar con él á los que han tenido la desgracia de ofenderle. Por esta razón nos es muy provechoso tener por amigos á aquellos pastores que son amigos de Dios ».

« El pastor ó el médico espiritual ha de tener un cuerpo casto y un alma pura. Debe despojarse de sus pasiones : pues así como sería peligroso encomendar el gobierno de un rebaño á un león, no lo sería menos confiar á un hombre sujeto á pasiones la dirección de personas que no tienen menos pasiones que él ».

El pastor debe instruir con su ejemplo á los demás á ser caritativos unos con otros, y á ser prudentes y circunspectos con los demonios. Cuanto más confianza tengan sus discípulos y aún los extraños en su dirección, tanto más debe vigilar sobre sus acciones y sus palabras, sabiendo,

como debe saber, que estas personas le miran como el modelo que deben imitar ».

5° Acerca de la dulzura del pastor dice : « Una raposa causa mucho destrozo en un gallinero, pero un pastor cólerico los produce mucho mayores en los religiosos : pues así como la raposa da muerte á los indefensos animalitos, así el mal pastor escandaliza y da muerte á las almas que le están encomendadas ».

« Así como es un bien para los enfermos que su médico no repugne los malos olores que exhalan sus llagas, no es menor la felicidad de las almas religiosas el que su pastor tenga an alma á prueba de todas las pasiones, y el espíritu siempre en calma y tranquilo ».

No basta que ore por ellas, sino que es necesario además que se compadezca de sus debilidades, según las exigencias de cada una. Debe procurar no ser quisquilloso ni demasiado severo, reprendiendo las más insignificantes faltas : de otra manera no imitaria la bondad de Dios, que sufre á toda hora nuestras imperfecciones y defectos. »

6° Acerca de la caridad del pastor dice : « El amor y la caridad son los que dan á conocer al verdadero pastor, pues el príncipe de los pastores, que es Jesucristo, fué crucificado sólomente por amor. El pastor que quiere cumplir santamente su cargo entra en él con ánimo de dar su alma por la salvación de su prójimo, es decir, con propósito de encargarse de su alma para purificarla de todos sus pecados pasados, de enmendarla de los presentes, y prevenirla contra los que pudiera cometer en lo futuro. »

7° Acerca del celo y de la vigilancia del pastor dice : « El pastor debe despertar incesantemente el fervor de sus ovejas con vivas y santas exhortaciones, principalmente cuando observa que se van relajando, pues nada teme tanto el demonio como la virtud celestial de estas exhorta-

ciones. Debe también emplear en algunas ocasiones palabras rudas para corregir á aquellas almas que se detienen en el camino de la perfección, de la misma manera que los pastores castigan aquellas ovejas que se separan del rebaño ».

Cuando vé que alguno de sus súbditos ha caído en la tibiaza, debe levantar sus ojos al cielo, pedir que le dé nuevo vigor, y vigilar sobre él con mayor cuidado y caridad que ántes ».

8° Acerca de la prudencia del pastor dice : « Un pastor no debe manifestar á todos los que vienen á ponerse bajo su dirección que el camino del cielo es estrecho y difícil, sino por el contrario, que el yugo de Jesucristo es dulce y suave su carga. Debe obrar con gran discernimiento según las diferentes disposiciones de los que vienen á consultarle. Es preciso que haga ver la dulzura del yugo de Jesucristo á aquellos á quienes la enormidad de sus crímenes pudiera arrastrar á la desesperación ; mientras que á aquellos que se hallan llenos de presunción debe exponerles que es muy estrecho el camino que conduce al cielo. »

« Un pastor hábil debe, á ejemplo de un sabio capitán, dedicarse á conocer perfectamente el espíritu y el corazón de los que le obedecen, y el lugar que á cada uno corresponde. Debe observar también que hay dos clases de personas que vienen á la religión : unos que entran como criminales para oír de su boca el juicio del mismo Dios, y otros que, habiendo llevado una vida inocente, vienen á consagrarse al culto y al servicio del Señor. Siendo diferente la causa por la cual entran estas personas en la religión, diferente debe ser también la vida que hagan ; pero como ordinariamente el que se halla más enfermo, débil y agoviado bajo el peso de sus pecados, tiene también el corazón más humillado, debe ser tratado más dulce-

mente ; así como, por el contrario, siendo ménos humilde el que ha cometido ménos faltas, necesita ser tratado con más severidad. »

Consideremos, pues, con el mayor cuidado, cuando hemos de tratar á las almas con todo el rigor de la justicia, y cuando hemos de usar de condescendencia : pues un pastor no debe ser igualmente exacto y severo con todos, ni los débiles pueden resistir la misma severidad que los robustos. »

« Observad cuales entre los religiosos son más virtuosos y fuertes, y humilladles en presencia de los débiles, aunque no hayan cometido faltas que merezcan semejante humillación, á fin de que con los remedios que apliqueis á las falsas heridas de los que estén sanos, cureis las verdaderas heridas de los enfermos. »

Un pastor debe soportar con paciencia todas las imperfecciones de aquellos á quienes dirige ; pero no debe permitir que le falten á la obediencia.

« No debe humillarse ante sus ovejas con una humildad imprudente, ni elevarse sobre ellas con una autoridad indiscreta ; sino que en todo debe seguir el ejemplo de san Pablo, que unas veces se humillaba para consolar y edificar á los débiles, y otras se elevaba para confundir y anonadar á los soberbios. Por lo mismo que hasta Dios oculta con frecuencia algunas imperfecciones de los pastores, para que las ovejas no pierdan la confianza que en ellos tienen depositada, no deben tampoco los pastores descubrirselas, para que no pierdan esta confianza. »

9º Acerca de la vida privada del pastor dice : » 1º Que debe guardarse de disipar en alta mar las riquezas que ha ganado en el puerto, es decir, que no debe perder los bienes espirituales que habia adquirido en el retiro, disipándose con los cuidados inherentes á la dirección de una casa religiosa, sino que debe conservar tranquilo su cora-

zón en medio de estos cuidados, tratando sólo exteriormente con los hombres, y conservando el recogimiento interior. 2º Que á medida que es pastor y director de los demás, Dios mismo le sirve á él de pastor y director, y por consiguiente, que debe tomarle por guia en todas sus acciones, tanto interiores como exteriores, y que renunciando á su propia voluntad para no hacer más que la divina, debe dejarse llevar como un niño por las luces é inspiraciones del Espíritu Santo. 3º Preciso es que comprenda la necesidad que tiene de la gracia y de los auxilios de Dios para remediar los males de otros, y para que, al corregirlos, se mire á sí mismo como culpable de sus faltas : más si tiene el consuelo de que sean provechosos sus cuidados, no lo atribuya á sus propia virtud, sino á la fe y humilde obediencia de su súbditos, y por lo tanto, tiene una entreccha obligación de orar por ellos. »

Termina, por último, su Tratado con un consejo que es de la mayor importancia : « Os ruego, querido Padre, dice, que ante todas cosas dejeis á vuestros hijos, como herencia divina y celestial, la pureza inquebrantable de vuestra fé y la santidad de vuestra doctrina, para que podais llevar á Dios, no sólomente á vuestros hijos, sino también á los hijos de vuestros hijos, por el camino de la verdad ortodoxa y católica. » Esta instrucción es muy esencial para los pastores : pues en todos los tiempos ha podido observarse, que los herejes han procurado insinuarse en los monasterios para perder las almas de los religiosos, y nunca será excesiva la vigilancia de los superiores.